



III Promoción Universidad Monteávila

Firma del Acta de Grado
Incorporación a la Asociación de Egresados
21 de julio de 2006

Palabras de Apertura
Dr. Joaquín Rodríguez Alonso
Rector

Hace unos días recibí un simpático correo electrónico: “Estimado rector –decía–, el único motivo para escribir estas líneas es hacerle saber que he descubierto que tenemos el mismo nombre y apellidos”. Se inició así una correspondencia con mi homónimo, un mexicano, de 41 años, casado, con un hijo, abogado retirado de la política y dedicado al mercadeo de productos de belleza. Y pronto –con esta irrefrenable cordialidad latina– nos cruzamos las invitaciones a visitarnos en la próxima ocasión de viajar a nuestros respectivos países. ¡Qué importante es un nombre personal! ¡Qué apertura tan inmensa ofrece a la relación humana y sobrenatural!

En estas últimas semanas hemos estado leyendo los nombres de ustedes muchas veces: en las listas de notas, las constancias de actas, los diplomas de grado, etc. Al firmar cada uno de esos documentos, he ido pronunciando cada nombre, con la voz interior, despacio, encomendando a Dios sus personas y sus afanes, con la ilusión de aquellas primeras veces en que los pronuncié en clase para pasar la asistencia o para elaborar las listas que entregábamos a los profesores. Eché en falta algunos que ya no están; pero me he alegrado, inmensamente, con el de cada uno de ustedes, que a la vuelta de estos cinco años, están aquí, lo han conseguido, se han graduado...

En algunas civilizaciones orientales, el nombre de la persona revela su identidad o su principal misión en la vida. Conocer su nombre es así conocer su esencia, su naturaleza, lo más propio. Entre nosotros, el nombre es solo parte de nuestra identidad: los apellidos revelan nuestra esencial y constitutiva procedencia genealógica, hecha familia, mientras el nombre propio es el resultado de una compleja decisión entre gustos y compromisos de los padres, que puede alcanzar inusitadas sonoridades y reminiscencias si son maracuchos...

Nosotros los hemos conocido a ustedes por sus nombres. Desde el primer día hemos querido compartir su identidad y la nuestra, en ese trato cordial, mezcla balanceada de

confianza y respeto, manifiesto en el nombre que se pronuncia con cariño, que evoca en un instante la memoria de lo que se conoce de la persona, que se abre esperanzadoramente al saludo que invita al diálogo. Los hemos llamado por sus nombres, y ustedes intuyeron muy tempranamente en ese gesto que aquí no nos íbamos a limitar a “dar clases” o a “conseguir un título”, sino a cultivar juntos una amistad sincera, buena, fecunda. Quiero en este momento renovar el agradecimiento más sentido porque efectivamente nos hemos hecho amigos.

Esa identidad de cada uno de ustedes se ha enriquecido durante este tiempo: no es que sean “distintos”, sino que ahora, después de estos años, son “más ustedes mismos”, han cultivado lo que antes eran solo “capacidades” y las han convertido en logros, destrezas, hábitos, incluso virtudes. Se han estado haciendo mejores. Han avanzado singularmente en el proyecto que el Creador anima en cada uno de ustedes, al ritmo de su libertad personal. A este “aumento” de su identidad también le corresponde un nombre: con su firma en el Acta de Grado, se hacen ustedes “Graduados de la Universidad Monteávila”, esto les acompañará definitivamente para el resto de sus vidas, como un resello, como una reimpresión de sus personas, algo que ya no pueden dejar de ser. Lo son para siempre. Es como si sus nombres se alargaran a partir de ahora y comenzaran a llamarse ClarUMA, IsabelUMA, AlfonsUMA, MercedesUMA, FelixUMA, EilinUMA, FrankUMA, MaryUMA, ...

Pero, si bien esta condición de “graduado” remite a algo que “se ha llegado a ser”, como de un modo final, acabado; sin que medie ruptura alguna, en la continuidad propia de la vida, a partir de ahora comienzan a ser “Egresados de la Universidad Monteávila”, como se manifiesta en la firma que harán en los registros de la Asociación de Egresados. Éste no es un título sino un oficio, una función, una responsabilidad. Ustedes, junto a los otros egresados que les han precedido y a los que les seguirán, en número siempre creciente, son con toda propiedad la Universidad Monteávila en la sociedad, en el país, en el mundo. Habiendo salido (egresado) de este “relativo apartamiento temporal” en el que vive la comunidad académica, se insertan ustedes plenamente en la sociedad, a cuyo servicio están convocados por naturaleza humana. Ustedes son la universidad “real”, la que se hace vida entre la gente, la que consolida las instituciones, la que transforma las estructuras, la que ordena el trabajo bien hecho al bien común, la que anima la cultura con los valores nobles de la vida virtuosa y con la esperanza trascendente del destino eterno. Ahora es, con toda propiedad, su tiempo de hacer.

Tengan confianza, sean valientes: están bien preparados para acometer el reto inmenso de ser mujeres y hombres de bien. Pero a la vez que les animo confiado, quiero reclamarles con respeto la responsabilidad que tienen, pues han compartido una formación para liderar las transformaciones necesarias, no solo de nuestro país, sino del mundo: nuestro rector-fundador, el Dr. Pérez Olivares, nos ha citado con frecuencia la definición que Jacques Maritain da de la educación como “la conquista de la libertad interior”, y aunque ésta es una tarea siempre inacabada, ustedes han vivido durante este tiempo una conquista estupenda, por eso, con una expresión clásica recientemente aprendida, les comprometo: Αξιοι εστε της ελευθεριας ης εχετε νυν “Sean dignos de la libertad que ahora tienen”.

Sus nombres se quedan con nosotros en las constancias, los registros, las memorias... pero además irán volviendo, como un reflujo continuo de olas caribeñas, en las tarjetas profesionales que anunciarán sus cargos, en las invitaciones de matrimonio, en las inscripciones para postgrados, en las reuniones de la asociación de egresados, y quizás en las noticias de prensa que les anunciarán como el Ministro de Educación, el Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, el Gerente de IBM para Latinoamérica, el Productor de la nueva película de Pixar, el Director Ejecutivo de ARS Publicidad y tantos otros sueños posibles que se llevan con ustedes. Algunos volverán para dedicar algún tiempo, o quizás todo el tiempo, a continuar esta labor noble de la universidad, como docentes, investigadores, directivos, quizás rectores. Y más tarde, cuando ya no estemos nosotros, sus nombres volverán en los apellidos de unos jóvenes, sus hijos, que pensarán que la Universidad Monteávila ha existido siempre.

Mañana, en la Santa Misa de bendición de anillos y medallas, que tendremos el privilegio extraordinario de que sea celebrada por el Cardenal y Arzobispo de Caracas, Monseñor Jorge Urosa Sabino, encomendaremos todas esas intenciones, pero ahora, demos paso al mejor de los discursos, el que ha sido preparado durante cientos de años, escrito y corregido por los maestros de la vida, retocado en el estilo por los auxiliares de redacción, el que se pronuncia con la alegría que exulta en gritos de júbilo y desborda la emoción de las lágrimas que no se contienen: el discurso de sus nombres...

Felicitaciones a cada uno y muchas gracias a todos.